

**XXXII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana**  
**Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2020**  
**La falta del Estado y la irrupción de las brujas en *Chicas muertas* de Selva Almada y**  
***Cometierra* de Dolores Reyes**

Juana Mercedes Ramella

Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires

**Del desencanto del Estado**

¿De qué modos se relaciona hoy la esfera de la literatura con lo político? Nos encontramos en un momento de gran efervescencia social que genera un entramado discursivo complejo, en el que podemos leer cuestionamientos profundos a instituciones y saberes patriarcales, como lo son el Estado y la ciencia. Asimismo, hallamos una genealogía de recuperación y revalorización de los saberes populares convencionalmente atribuidos a las mujeres y descalificados y perseguidos por las instituciones, como la brujería y la adivinación. Esta incorporación a la trama textual de un reencantamiento de la realidad aparece para dar respuestas cuando el Estado y la ciencia nos abandonan.

Estos saberes populares sobreviven como discurso y praxis ocultas, desprestigiadas y perseguidas bajo la hegemonía en los Estados modernos de la razón y la ciencia. La investigadora mexicana Norma Blázquez Graf en su libro *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia* (2011) estudia el pasaje de la convivencia entre la “magia baja” con fines prácticos, de las clases populares y las mujeres, y la “magia alta”, cuyo fin espiritual era el conocimiento de Dios, respaldada por las élites que la practicaban. Esta última, de la mano de la Iglesia, instaló el discurso de que la primera constaba de meras supersticiones paganas y le desconoció a la hechicería la capacidad de curar, el poder de hacer maleficios, causar daño y adivinar. Asimismo, incorporó a la idea de “hechicrx” una idea teológica maligna, y persiguió a “brujas” y “herejes” por haber hecho algún tipo de pacto con el diablo. La caza de brujas y el desprestigio de la magia da lugar a que esa llamada “magia alta” sienta las bases para la ciencia moderna.

Adorno y Horkheimer señalan, en *Dialéctica del Iluminismo* (1969), que “el programa del iluminismo consistía en liberar al mundo de la magia (...) con el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de convertirlos en amos” (15). Se produce así una sustitución de la herencia mágica por un orden jerárquico. Los filósofos de la Escuela de Frankfurt afirman que el vínculo entre la ilustración y la magia “es de tipo patriarcal: el intelecto que vence a la superstición debe ser el amo de la naturaleza desencantada” (16). La polarización de estos dos modelos de “ciencia” culmina en una jerarquización en la que lo mecánico, racional y patriarcal, que implica la dominación del hombre viril, se institucionaliza. Con las guerras de independencia, la organización de Latinoamérica en Estados modernos y el avance del positivismo, estos saberes populares fueron relegados por los llamados “científicos”. De este modo la legitimidad de los primeros fue tornándose en descreimiento y cayeron bajo la categoría de “superstición”.

Si desovillamos los hilos de las nuevas narrativas latinoamericanas, producidas en un contexto de capitalismo gore –como lo denomina Sayak Valencia Triana– encontraremos la emergencia de un discurso alternativo, que coexiste con el hegemónico, aunque despreciado. Así, el ingreso a las páginas de la literatura contemporánea de las creencias y saberes populares y de la brujería, que no son discursos nuevos pero que sí están invisibilizados por la razón instrumental y patriarcal, produce reclamos y disputas específicas frente a lo establecido y así también una desestabilización de un régimen de significación y representación. Este hecho se produce ante la desolación de los cuerpos vulnerables/vulnerados como lo son hoy los de mujeres y cuerpos feminizados que desaparecen o aparecen femicidadxs ante el silencio cómplice del Estado. Si lo pensamos desde Agamben, estos cuerpos tienen la categoría de “nuda vida”, son aquellos cuerpos que quedan por fuera de la existencia política, carentes de estatuto jurídico-político, cuerpos por los que el Estado no vela, no hace justicia, abandona. A partir de ese vínculo trunco con los Estados es que, en nuevas narrativas como *Chicas muertas* (2014) de Selva Almada y *Cometierra* (2019) de Dolores Reyes, se suceden los eventos y que estas figuras actúan y proponen desenlaces alternativos que reintroducen en la literatura la magia, la adivinación, la brujería y otros saberes populares.

## De femicidios en nuestro país

Este año, solo en Argentina, lleva más femicidios que días. Se acumulan en las redes las fotos y los nombres de mujeres como se acumulan los frascos y botellitas en el jardín de Cometierra en la novela de Dolores Reyes y pasan como pasan las noticias por la radio en la crónica de Selva Almada. Las dedicatorias de estas dos obras están hechas a mujeres reales feminicidas. La impunidad es el puntapié para la escritura; y el eje vertebrador, la búsqueda de una resolución mágica, porque de lo ordinario ya no se puede esperar nada. Una desde la ficción y la otra desde la no-ficción recorren el trayecto entre el desencanto del Estado y el reencantamiento de la realidad.

La escritura de Almada aparece como resultado de una obsesión que se despierta cuando, de niña, escucha los casos irresueltos de tres mujeres asesinadas. En marzo de 2014 publica *Chicas muertas*, un libro-crónica de la investigación periodística de tres feminicidios de los 80 cuyas investigaciones policiales habían sido cerradas. Andrea Danne, María Luisa Quevedo y Sarita Mudin. En él se narra cómo las familias de las víctimas, ante la tardanza o no respuesta de la policía, ni de la justicia, recurren a adivinas para intentar dar respuesta a las desapariciones o crímenes. Los parientes hablan de justicia divina (156), el hermano de María Luisa declara “Empecé a creer (...) porque de algo tenía que agarrarme” (155) y Almada incorpora en su investigación los testimonios de estas adivinas al mismo nivel que los expedientes y las demás evidencias. Consulta, además, ella misma a una tarotista. Las reuniones con La Señora van dotando de significación y objetivo a su investigación. Almada-cronista asiste a las sesiones con La Señora para preguntar por las chicas y muy pronto comienzan a trabajar juntas. En esas sesiones surge la comparación de Almada con La Huesera, un personaje que junta huesos desperdigados y los reúne para liberar a lxs muertxs. Así, en clave metafórica, se formula la misión de la escritura de la cronista.

A pesar de que la investigación tira de los hilos de los crímenes de estas tres mujeres, sus 187 páginas se colman de anécdotas de mujeres violentadas armando un tejido compacto de violencias entrelazadas, la trama de la cultura feminicida que estructura nuestra sociedad: historias de otros feminicidios, amenazas de muerte, violaciones, secuestros, golpes, privación de la libertad, prohibiciones, celos, prostitución infantil, destrato, maltrato. Se evidencia lo fácil que es llenar páginas y páginas solo con el relato de los casos más cercanos y, siempre, en ellos, la impunidad: policías que no toman denuncias, cómplices o acusados de conseguir

declaraciones falsas a fuerza de golpes, casos cajoneados, informes incompletos o falseados, incompetencia. El caso de Sarita Mudin es paradigmático respecto de esto. El cuerpo de mujer enterrado con su nombre pertenecía a otra asesinada. ¿La estarán buscando? ¿Quién es? ¿Y Sarita? Otro femicidio impune.

Muy vinculada con la anterior, aunque en clave ficcional, *Cometierra* de Dolores Reyes se trata de una novela breve en la que, luego de que el padre de la protagonista asesinase a su madre enfrente suyo y ante la falla sistemática de la policía en la búsqueda de mujeres y niños desaparecidos, la joven Cometierra desarrolla su clarividencia. Si *Chicas muertas* termina con la cronista en el cementerio y abandonando con cierta resignación las investigaciones de casos que permanecen sin resolver, la novela de Dolores Reyes logra resolverlos desde la ficción. La protagonista extrae las historias de la tierra que pisaron los que faltan. En esta obra la materialidad del terreno habitado cobra una importancia mucho mayor que los expedientes. Las habilidades mágicas de Cometierra precisan de la materia de lo cotidiano. Hay un vínculo sensorial de la corporalidad atravesada por el dolor. Se ingiere la tierra de los desaparecidos, el veneno necesario. Se traga. El dolor de las visiones impacta en el cuerpo, es visceral.

Los agentes del Estado en *Chicas muertas* están referidos, pero en *Cometierra* aparecen encarnados en un personaje que es la hipérbole de la ironía: el policía que consulta, ante un caso familiar, a la vidente. El personaje que acompaña a Cometierra desde la mitad de la novela es Ezequiel, un cana cuya prima está desaparecida y que dado que desde la institucionalidad no se está haciendo nada al respecto, decide visitar a la vidente, “Pensé que siendo policía iba a ser fácil” (66), dice. La madre los acusa en la comisaría de quedarse quietos, de no buscarla, y compromete a Ezequiel a resolver la desaparición. La protagonista que hasta entonces veía las botellitas con tierra, con historias de muertes, acumularse en su jardín, decide intentar, una vez, llegar a tiempo. Es así como se embarca en la búsqueda de María, logra hallarla con vida y su captor es apresado. Tuerce el destino al que la habría condenado la inacción policial. En sus siguientes experiencias tendrá el apoyo de las Mae. Ellas la reconocen como bruja, le dan la bienvenida al aquelarre.

No son solo de mujeres los casos en los que interviene Cometierra, también la convocan por el asesinato de un niño con alguna discapacidad, la desaparición de un niño cartonero y finalmente come la tierra del asesinato a la salida del boliche de Hernán, de quien había estado enamorada. En esta última situación, Ezequiel, el cana, muestra su desprecio de

clase en medio de la escena. Todo el final es una búsqueda de venganza por el asesinato de Hernán, por parte de una clase cuyos cuerpos no importan para la justicia. En este final, se termina de configurar un poder contrahegemónico y popular.

### **El reencantamiento de la realidad**

La *falta* del Estado en los casos que circulan por estas páginas está dada por dos aspectos: por ausencia, pero también por negligencia. Ambas obras hablan de la impunidad. Esa falta, en el caso de Almada se intenta llenar con discurso, un nuevo relato construido con la tarotista, mientras que Cometierra se embarra y llena esa falta de materia significativa que hace hablar con su clarividencia y se garantiza la efectividad.

Estos saberes ancestrales, mágicos y, en general, feminizados, implican un tipo de poder que se configura en el caso de estas obras como contrahegemónico. La representación de la figura de la bruja (la adivina, la vidente y similares), sus características y sus hábitos han ido cambiando en la literatura con el tiempo, como estudia la autora Silvia Federici en *Calibán y la bruja* (2004). Hoy en día, cuando los Estados modernos se encuentran en crisis y el capitalismo gore achica las garantías brindadas por las instituciones, la figura de la bruja reaparece en la literatura, para ocupar esos lugares de abandono de los sectores e identidades más oprimidos.

Lxs personajes de ambas narrativas actúan y proponen no solo desenlaces alternativos a los que la ausencia del Estado condena estas historias, sino también modos de resistencia que (re)introducen en la literatura la magia, la brujería y otros saberes populares para intentar resolver de alguna manera aquellas injusticias. Incluso por su ausencia, el Estado es central en las historias de estos cuerpos que son “nuda vida”, pues vacía un espacio narrativo que la literatura contemporánea completa con el discurso contrahegemónico de la brujería.

La literatura, la puesta en palabras de estas muertes, documentales o ficticias, también es una forma de conjurarlas. La literatura también conforma un saber contrahegemónico y feminizado; la literatura también es brujería; Reyes y Almada están buscando, al igual que las protagonistas de sus obras, la respuesta que el Estado no les está ofreciendo respecto de estas muertes y su propia vulnerabilidad. Y la encuentran en la brujería y en la literatura.

**Fuentes:**

Almada, S. (2014). *Chicas muertas*. Buenos Aires: Literatura Random House.

Reyes, D. (2019) *Cometierra*. Buenos Aires: Sigilo.

**Bibliografía:**

Adorno, W. T. y Horkheimer, M. (1969). El concepto de iluminismo, *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Blazquez Graf, N. (2001). *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*. México D.F.: UNAM.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.

Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rancière, J. (2011). *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Valencia Triana, S. (2014). Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no violenta del tejido social en el México contemporáneo. *Universitas Humanística* 78 julio-diciembre. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana